



Una historia del movimiento neoconservador

Claves de la evolución de unos actores decisivos en la política exterior norteamericana

La Visión Neoconservadora de las Relaciones Internacionales y la Política Exterior de los Estados Unidos

por Manuel Iglesias Cavicchioli

Madrid: Huygens, 2016

Colección Ciencia Política

280 páginas

ISBN: 978-84-15663-53-9

Carlos GONZÁLEZ VILLA

Universidad Antonio de Nebrija



La reciente llegada de John Bolton a la Casa Blanca como asesor de seguridad nacional de Donald Trump parece descartar, al menos de momento, la idea de que, con el magnate en la presidencia, Estados Unidos haya entrado en una fase, si bien no de aislacionismo puro, al menos sí de priorizar la política doméstica sobre la exterior. Para algunos autores, Bolton ha sido un ejemplo claro de “halcón neoconservador”, especialmente durante su período como subsecretario de Estado (2001-2005)¹. Ciertamente, su historial incluye características de la línea de pensamiento neocon, como su desprecio por las instituciones internacionales – llegó a afirmar que el Consejo de Seguridad de la ONU debía tener sólo un miembro permanente: Estados Unidos² –; las complicidades tejidas con Israel, que van más allá de una gran amistad³; y algunas propuestas de

¹ Jentleson y Whytock (2006): pp. 72-73

² *The Economist* (2005)

³ Silverstein (2018)

soluciones imaginativas para el Medio Oriente, como la idea de crear un protectorado jordano-saudí en una Siria troceada⁴. Además de todo ello, fue uno de los más entusiastas defensores de la invasión de Irak en 2003. Hoy, iniciativas temerarias en las que él participa, como la retirada del Acuerdo Nuclear Iraní, tienen como objetivo el cambio de régimen en ese país, lo cual coincide con la línea de pensamiento neocon. Sin embargo, también es cierto que en sus propuestas no destacan las consideraciones morales y de promoción de la democracia en aquellos lugares en los que interviene Estados Unidos. En este aspecto, Bolton estaría ubicado más cerca del realismo político que del neoconservadurismo.

La evolución del nuevo asesor de seguridad nacional norteamericano es una muestra de las dificultades existentes a la hora de definir a un sujeto político activo en función de la multitud de etiquetas existentes a la hora de describir la política exterior estadounidense. Pocos políticos, en realidad, pasarían la prueba de la pureza teórica. Ello es cierto también en el caso de figuras como Bolton, cuyas contradicciones indican la necesidad de delimitar los márgenes conceptuales del neoconservadurismo, un término no pocas veces utilizado de manera indiscriminada o como arma arrojadiza. El trabajo de Manuel Iglesias Cavicchioli (Caracas, 1979) consigue caracterizar y contextualizar históricamente el desarrollo de esa doctrina.

Partiendo del objetivo de ubicarla dentro del esquema teórico de las Relaciones Internacionales, el autor realiza un oportuno ejercicio genealógico, a través del cual proporciona claves para perfilar aspectos relevantes de la Historia del tiempo presente, en la que la política norteamericana ha jugado un papel fundamental. Así, en *La Visión Neoconservadora de las Relaciones Internacionales y la Política Exterior de los Estados Unidos*, el autor no se limita a definir el neoconservadurismo en relación a otras corrientes. El contraste con las demás teorías de las Relaciones Internacionales es una consecuencia de la preocupación inicial por identificar las características que hacen de esta una corriente única, y no sólo un conglomerado de principios compartidos con otras. En su metodología, el autor parte de la naturaleza dual del neoconservadurismo, que es a la vez movimiento político y concepción teórica. En esa línea, la tensión entre teórica y práctica, presente en la evolución de esa doctrina, se observa en la propia organización del libro. Tras un primer apartado centrado en la definición del fenómeno, el libro se divide en dos partes: una enfocada en la evolución histórica del neoconservadurismo y otra que lo ubica dentro del marco teórico-metodológico de las Relaciones Internacionales.

⁴ Bolton (2015)

Discutiendo las consideraciones de los autores neoconservadores, entre los que destacan Irving Kristol y Norman Podhoretz, Iglesias deja claro desde el principio que, dada su naturaleza práctica, el neoconservadurismo se articula como movimiento político de base ideológica, y no como una mera corriente de pensamiento. Sus principales actores, de hecho, han estado históricamente vinculados a la práctica política, tanto desde el mundo de los *think tanks* como del trabajo directo de asesoría. Como movimiento, ha ejercido presión en la elaboración de la política exterior de la superpotencia, siempre con el fin de que esta proyecte la superioridad de los valores estadounidenses y los extienda por el mundo. Entre las justificaciones ideológicas del intervencionismo destacan cuestiones como el historicismo, materializado en la recurrencia del ejemplo de la política de apaciguamiento con Hitler por parte de las potencias europeas, o el regeneracionismo moral.

Este último aspecto está íntimamente relacionado con los orígenes del movimiento, que surge como reacción a la percibida decadencia moral de la sociedad norteamericana durante los años sesenta. Sus fundadores – muchos de ellos antiguos militantes trotskistas – planteaban la necesidad de crear un nuevo marco de cohesión para Estados Unidos, en un contexto, el de la segunda mitad de los sesenta, marcado por la ‘contracultura’, los movimientos identificados con la *new left* y las iniciativas de la *Great Society* de Lyndon Johnson, tendencias, todas ellas, que reflejarían la relajación moral de Norteamérica. Los neocon entendieron que, al azuzar el miedo contra comunismo y la Unión Soviética, sería posible generar un nuevo marco de cohesión social.

Políticamente, la reacción se empezó a articular tras la victoria del izquierdista George McGovern en las primarias demócratas de 1972, que provocó la huida del grupo al Partido Republicano. Una vez allí, plantearon iniciativas como reacción a la política de distensión de Henry Kissinger, entre las que destacan el *Committee on the Present Danger* – un instrumento propagandístico que terminó siendo un espacio de promoción de cuadros para la administración Reagan – y el llamado *Team B*, dirigido por el historiador Richard Pipes, el cual, en contraste con los análisis de la CIA, consiguió sembrar una imagen sobredimensionada de las capacidades armamentísticas de la Unión Soviética⁵. De esas experiencias surgieron sinergias con la nueva derecha del Partido Republicano y germinaron ideas muy concretas para el futuro inmediato, como la necesidad de incrementar el gasto militar y de ir más allá de la estrategia de la contención, ejerciendo presión sobre la URSS con el fin de lograr la victoria final.

⁵ Ambas iniciativas están documentadas en la primera parte del documental *The Power of Nightmares*: Curtis (2004)

Iglesias hace un esfuerzo por demostrar las continuidades del planteamiento neocon tras el final de la Guerra Fría. En este sentido, destaca la importancia de la sustitución del enemigo comunista por el del integrismo islámico, frente al cual había que mostrar claridad moral y músculo militar. Pero antes de tener la oportunidad de convertirse en una fuerza decisiva en el planteamiento de la “guerra contra el terror”, el movimiento neoconservador había conseguido reproducirse en gracias al desarrollo de artefactos como el *Project for the New American Century* y al trabajo realizado dentro de la administración por parte de algunos de sus miembros o personalidades afines. En este sentido, destaca la labor de Dick Cheney y Paul Wolfowitz en el Pentágono, y, en particular, el desarrollo de la *Defense Planning Guidance* de 1992 y su documento preliminar. Señala el autor que este último, que promulgaba una doctrina “hegemónica y unilateralista”, fue rechazado por el presidente Bush y el secretario de Estado, James Baker (pp. 72-73), más partidarios de una estrategia realista. Puede contribuir a este análisis tomar en cuenta las posiciones del Pentágono en relación a la inestabilidad en la Unión Soviética y Yugoslavia a lo largo de 1991. Mientras que, durante buena parte de ese año, la Casa Blanca y el Departamento de Estado mostraron su apoyo (al menos verbal) a la continuidad de esos Estados en aras de la estabilidad en Europa, en el Pentágono, los “regime transformers”, con Wolfowitz a la cabeza, destacaron por su apoyo a la independencia de Ucrania⁶.

En relación a la vertiente teórica del movimiento, se puede decir que el autor hace buena la consideración del internacionalista Robert Cox cuando afirma que “la teoría es siempre para alguien y para algún propósito”⁷. En este sentido, concluye la existencia de un corpus teórico independiente dentro del elenco de las teorías positivistas de las Relaciones Internacionales, el cual que tiene una finalidad clara, que es la de servir a la política exterior de Estados Unidos y luchar contra aquellos que promueven su declive, tanto dentro como fuera de la nación. La normatividad de esta teoría la sitúa al margen de los postulados del realismo, del mismo modo que el desprecio por el derecho y las instituciones internacionales la distinguen de las perspectivas liberales. Como contrapartida, bebe de estas últimas en su preocupación por las cuestiones morales y la

⁶ Goldgeier y McFaul (2003): p. 348. En relación a Yugoslavia, un colaborador de Wolfowitz, Bruce Weinrod (entrevistado por el autor de la reseña en 2011), afirmó que, en el Pentágono, la crisis final de la federación no era vista con preocupación: Al contrario, se trataba de una dinámica que, desde sup unto de vista, podía ayudar a la eventual extensión de la influencia de Estados Unidos y la OTAN hacia Europa del Este. Sobre esta cuestión, ver: Carlos González Villa (2017)

⁷ Cox (1981): p. 129

naturaleza de los regímenes políticos de otros países, aunque siempre con el fin de promover políticas de cambio de régimen.

Referencias

Bolton, John (2015): "To Defeat ISIS, Create a Sunni State", *The New York Times*, 24 de noviembre, <https://www.nytimes.com/2015/11/25/opinion/john-bolton-to-defeat-isis-create-a-sunni-state.html> [5.6.2018].

Cox, Robert W. (1981): "Social forces, states and world orders: Beyond international relations theory", *Millenium: Journal of International Relations* 10, 2, pp. 126-155.

Curtis, Adam (2004): "The power of nightmares: The rise of the politics of fear", documental, BBC.

Goldgeier, James M., y McFaul, Michael (2003): *Power and porpuse: U.S. policy toward Russia after the Cold War*, Brookings Institution.

106

González Villa, Carlos (2017): "From 'pessimism' to geopolitical instrumentalisation: Revisiting the US policy towards dying Yugoslavia", *Annales, Series Historia et Sociologia* 27, 4, pp. 699-712.

Jentleson, Bruce W. y Whytock, Christopher A. (2006): "Who 'won' Lybia? The force-diplomacy debate and its implications for theory and policy", *International Security* 30, 3, pp. 47-86.

Silverstein, Richard (2018): "Israel's inside man: How John Bolton sabotaged US foreign policy in Israel's favour," *Middle East Eye*, 27 de marzo, <http://www.middleeasteye.net/columns/gift-israel-how-john-bolton-sabotaged-us-foreign-policy-israels-favour-462238678> [5.6.2018].

The Economist (2005): "Lethal injection, or healthy tonic?," 4 de agosto, <https://www.economist.com/node/4254632> [5.6.2018].